

Prólogo

MTRO. ALFREDO RAMÍREZ RÍOS
CELAYA, GUANAJUATO, AGOSTO DE 2024



DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.368.00.01>

En torno al imaginario que recubre el ideal de la ciencia moderna, destacan en su núcleo las nociones de lo nuevo y lo descubierto. Así, la longevidad es una invención producto de los avances teóricos y tecnológicos que se erige como un estandarte que signa el éxito de nuestra época, siempre en contraste con otros momentos históricos presuntamente arcaicos e inferiores. Así, en principio son celebrados los cambios demográficos que observamos actualmente, donde la tasa de vejez se incrementa cada vez más.

No obstante, las circunstancias que se han registrado en distintos campos acerca de las condiciones en las que se encuentran comúnmente las personas ancianas pone de manifiesto que la esperanza de vida no es sinónimo calidad de vida: el maltrato, la discriminación, el abandono, y las enfermedades crónico-degenerativas constituyen la cruda cotidianidad de las y los ancianos. En este escenario, se abre un espacio para realizar una reflexión que analice esta disparidad.

El primer punto cuestionamiento conviene ubicarlo en la elucidación de los motivos que subyacen a la actitud paradójica en la que se coloca a la senectud. Por un lado, es la expresión manifiesta de la superioridad tecnocientífica que paulatina y progresivamente le gana terreno a la muerte; por el otro, es el hiato que produce la segregación de un grupo etario a partir de criterios erigidos en la estigmatización de ciertos rasgos de la población. El punto álgido del análisis supone la actitud en la que se concibe el origen de dichos rasgos valorados negativamente. A saber, se les otorga una realidad ontológica de inmanencia, donde la decrepitud es un destino ineludible

que obedece a un presunto curso natural de la vida. Esta conceptualización de la vejez oblitera el análisis de otras variables que inciden en la aparición de los rasgos, reduciéndolos muchas veces al papel de meros catalizadores, eximiendo de su responsabilidad a quienes se nos ubica en otras cohortes.

Prosiguiendo, en la estructura dicotómica que emana de la modernidad y lo que se desprende de ella, esta negativización de la ancianidad solo se sostiene en la extrapolación de ciertos rasgos de otro grupo etario, valorados como positivos: la juventud. Se observa entonces no solo una diferenciación construida con apoyo de enunciados producidos por el discurso científico, sino que a la misma le subyace un principio de jerarquización que se articula convenientemente a los avatares de un mundo neoliberal, mercantilizado y globalizado.

Entonces, tenemos cuerpos que se juzgan prominentemente con base en dos aristas: su potencia para producir y generar plusvalor, y el costo que suponen a un esquema de salud históricamente constreñido a la labor de mantener dichos cuerpos en su función productiva. Por lo tanto, el logro del tardocapitalismo para mantener a las personas con vida durante más tiempo actualmente supone a su vez un gran reto cuyo abordaje comúnmente representa a las preocupaciones en relación con la sostenibilidad de los sistemas de salud en los países. En este contexto, se torna necesario emprender abordajes que contravengan la reificación de los cuerpos de las personas adultas mayores, continuando con el trabajo necesariamente ético que parte del cuestionamiento de los estereotipos y prejuicios que motivan las situaciones discriminatorias a las que se enfrentan diariamente en una multiplicidad de espacios, tanto públicos como privados.

Una parte de los trabajos de investigación que componen este libro va orientada en esa dirección. Para abocarse en la persecución de una realidad cada vez más justa para las personas que habitamos el mundo, se torna necesaria la revisión crítica y sistemática de las teorías que abordan la vejez y el envejecimiento, revisión que en última instancia elucide los fundamentos ontológicos y epistemológicos que subyacen a la constitución del cuerpo anciano y su relego a la subalternidad. Otra parte de los trabajos se muestra reactiva a dicha elucidación denunciante, proponiendo además esquemas para habilitar la posibilidad de existir como cuerpos deseantes, más allá de su potencia productiva en un mundo neoliberal. En este tenor, se resignifi-

can algunos rasgos típicamente estigmatizados y se los reorganiza en un marco de rebeldía frente a un orden martirizante, tomando para su propósito desarrollos teóricos novedosos como el de ontología plástica.

Con este telón de fondo, el libro incluye otra sección de investigaciones cuyo principal valor reside en proponer metodologías innovadoras para la materialización de las teorías en técnicas orientadas al incremento de la calidad de vida de las personas adultas mayores, desde una perspectiva multi e interdisciplinaria, abordando temas que parcializan al cuerpo para intervenirlo desde las distintas áreas especializadas de las ciencias de la salud y las ciencias sociales, no sin volver a integrarlo como base material de una subjetividad singularizada. Por último, cabe resaltar de este compendio que las y los investigadores no asumen un rol colonizador que muchas veces caracteriza la actitud de las personas que hacen ciencia. Así, la transdisciplina se torna relevante al no reducir a las personas de la tercera edad como meros objetos de estudio, totalmente pasivos frente a un saber que inquiere su silencio y sumisión a las técnicas de las y los especialistas para la consecución de los objetivos terapéuticos.

La verdadera emancipación, que es corolario de la justicia social, solo puede lograrse desde la inter, multi y transdisciplina. La justificación en este punto nos conduce nuevamente al punto desde donde arrancamos. La ciencia tradicional suele correr paralela a los principios del neoliberalismo que inquietan la homogeneización del mercado del cual todos potencialmente formamos parte.

El abordaje de la vejez y el envejecimiento que se reúne aquí es diverso en distintos puntos, desde la comunión de distintos especialistas, la inclusión de las voces de las y los principales interesados en el tema, a saber, las personas de la tercera edad, y el reconocimiento en sus propias limitaciones en lo que particularmente concierne a la interseccionalidad. En otras palabras, se termina por reconocer que no todas las personas envejecemos igual y, por lo tanto, la injusticia está determinada no solo por el edadismo, sino porque los cuerpos están generizados y racializados. Así, dentro de la subalternidad misma a la que se relega a la persona de la tercera edad, hay distintas profundidades que es necesario reconocer para después asumir una responsabilidad igualmente diferenciada.